

DOS ESCOLIOS A PEDRO PRADO

VOY a escribir algo del literato más filosófico tal vez que tiene Chile. En otros términos, el autor de pensamiento más elaborado y complejo.

Androvar.—¡Qué honda tragedia se desarrolla en el alma de tres de los personajes: Androvar, Gadel, Elienai, la esposa del maestro, es decir, del primero!

Figura además, como gran personaje, Jesús de Nazareth. Se ve con esto que el argumento es bíblico. Y así es, en efecto. Las atormentadas mentes semíticas que forman el drama íntimo, pasan pálidas y angustiadas ante el problema, el eterno, de «la muerte y lo desconocido de nuestro origen y nuestro destino...», dice Androvar (pp. 42 y 43).

Tragedia de la sabiduría he apuntado. Es decir, drama de nuestra actitud íntima e inmanente frente al mundo. No obstante, este divorcio de orbes: subjetivo y objetivo, es puramente apariencial.

Pero, para mejor inteligencia, voy a anotar elípticamente el asunto de la obra: En una aldea judía, Bethel, se comentan los milagros del Nazareno. El comentario se presta a una conversación natural; pero en el corro de aldeanos, no falta el escéptico. El hombre que duda. ¿Es posible el prodigio? ¿No será uno de tantos nigromantes al uso de la época? Este es el tema que desarrolla Prado, con lograda belleza.

Aparecen de pronto Elienai y Gadel, el discípulo. Una mujer que ve que ella se retira, lo interroga sobre el Galileo. Responde Gadel que no lo han visto. En eso llega Androvar y tampoco tiene noticias del Profeta.

Sin embargo, al arribo del maestro un anciano del grupo le interroga. Pregunta a la que responde con el método socrático, o sea interrogando a su vez: «¿Qué es el bien?...

—«¡Tus eternas preguntas!»—responde el viejo. Gadel, a su vez, interroga: «¿Qué hay de cierto en todo el bien que el Nazareno proclama?» Y Androvar: «Cómo saber si lo elegido es mejor que lo despreciado?» El discípulo formula esta sentencia de severa sabiduría solemne: «Nunca nada se repite, y la experiencia, maestro, (a Androvar) ¿no es por ello vano espejismo?» (p. 33).

A lo que responde el anciano con ironía: «Pídele escoger a la vez lo elegido y lo despreciado!»...

«¿Qué dices? Insensato—le increpa Androvar—sin saber has dado en la angustia que corroe el corazón amante de la sabi-

duría. ¡Oh, si, estrecha es la vida, y grande la soledad en la que cada cual vive! ¿Cómo saber, sin que sea dable comparar? Para vivir, debemos a cada instante elegir, y para elegir nos vemos obligados a despreciar lo no elegido» (p. 34).

En este discurrir se hallan, cuando llega Jesús y sus discípulos. Androvar le dice: «Busco la verdad» Jesús: «¿Hacia dónde la buscas?» Androvar: —«Hacia los cuatro confines». Jesús: —«¿Y cómo pretendes encontrar la verdad, si nada de ella sabes? Te engañas; *nadie busca lo que no conoce de algún modo*. Si en realidad no lo conociere, y con ello diera ¿de qué le valdría? Y si hacia todos los confines van los mensajeros y nada encuentran ¿dónde estará? Tú buscas; tú conoces. No está en parte alguna: «*está en ti*». (p. 39).

Ahora se abre, pues, esa dualidad de mundos a la que antes aludí: el íntimo y el externo. Androvar se encuentra ante una revelación. Y con sabiduría de cariz griego le expresa: «Creía saber que el hombre no sabe nada, y que ese saber constituye todo su tesoro»... Entonces el Rabí le pide con imperativa unción: «Androvar, ten fe y sígueme».

Dos modos de considerar el universo se enfrentan: el religioso y el filosófico. ¿Cuál de estos criterios va a triunfar? Mas no adelanto los acontecimientos.

Androvar es el personaje simbólico del buscador y amante de la verdad. «Siempre—dice—el camino que despreciamos, por desconocido, se nos figura mejor que el que llevamos». Porque la verdad es como la prometida que nos espera como premio en la lejanía, lejanía fugitiva y alucinante. De allí que los amantes de ella tengan el gesto y el ademán de locos, de gente descarriada, que no miran donde pisan. Elevan los ojos y creen poder pasar por sobre las pequeñeces, actitud desinteresada del apóstol y del filósofo.

¿Cómo, pues, conocer el camino que llevamos y la vía despreciada? ¿Cómo enriquecer la sabiduría con una acumulación de filosofía? ¿Cómo amplificar la vida? He aquí el problema de aumento de saber. He ahí la cuestión que atormenta quemante y angustiadora a maestro y discípulo.

Frente a este par de hombres que piensan que «nada se repite» y «la experiencia es vano espejismo», se alza elegante y femenina la figura abocetada, en las palabras, por el poeta, de Elienai.

Es el «eterno femenino», es el oasis que suaviza la vida, es la sonrisa que recibe a los peregrinos de la hazaña por la sabiduría. Elienai, la esposa sutil y coqueta del sabio, no le es fiel. Al leer la solicitud de Gadel la imaginamos con los mejores

dones de la belleza. El discípulo junto a la amada susurra: «Cuando extraviado de amor él te llame su gacela, te contemple en éxtasis. Luego se aproxima como un lobo; besa ese lunar que tienes en el cuello, besa el hoyuelo de tu mejilla, la unión de tus senos, alza sus labios hambrientos hasta la boca húmeda que tiembla, como una fruta jugosa la exprime, y ávido penetra hasta tus suaves y tibios dientecillos, y aún los besa y ve por devorarlos, como hacen los niños insaciables con la escondida almendra de los más dulces frutos.» Elienai: —«¿Cómo lo sabes? Gadel: —¿Acaso él no es un hombre como yo; acaso tú no sigues siendo, ante cualquiera de los dos, la misma mujer de siempre? ¡Lo que él ve en ti, yo lo veo; lo que el desea de ti, yo lo deseo; la alegría que te da, yo también te la daré!»

Y este erótico coloquio, dulce y apasionado, lo escucha el esposo. Pero es tan sabio; está en espacio tan elevado; vive en un plano superior que no se inmuta. He aquí su monólogo:

«Oh! Nazareno, gracias; la beso y la abrazo; allí me hundo en su amor; aquí me entrego a la contemplación» (p. 65).

Han amalgamado en tal unión sus espíritus, para ensanchar el saber, que acepta con sin igual estoicismo el placer de ellos, aunque en desmedro de su reputación. La pasión de los celos no existe para él. Sólo piensa en el «extraño sabor de las caricias» dado a la mujer amada por su amado discípulo.

¡Profunda filosofía! Sabe que el amor es capullo que se marcha con facilidad.

Y la tragedia de la sabiduría sigue palpitante en las almas de los protagonistas. Los dos hombres padecen el superhumano anhelo de idealidad, idealidad dualizada en amor hacia la verdad y en amor hacia la mujer.

El drama finaliza con la muerte violenta de Gadel a manos de unos foragidos. Las páginas que relatan este doloroso incidente están escritas con sangre, es decir, reúnen la condición nietzscheana.

No existe mayor trágico episodio para el sabio que la muerte de su caro discípulo. Con él muere una parte de él. El Nazareno los ha asociado de tal manera que nada los va a separar: ni la mujer que se les hace común. Pero es tan extraña la situación de super-creaturas que han alcanzado que creen soñar.

Ella implora a Jesús, blasfemando: «¡Despiértanos, hechicero!...»

Androvar: —«Socorro...! En la muerte penetro y en la vida me quedo»...

—«Misericordia!...—exclama Elienai.

Jesús: —«Escogieron atributos divinos, contando sólo con

débiles fuerzas humanas!» (p. 108). Y agrega en el último parlamento: «Los hombres, todos, insensatos, ignoran lo que valen sus deseos!»

¡Sí! Es esa esencial y perenne ignorancia de nuestros deseos y capacidades la que nos hace ir como sonámbulos, como huérfanos de la luz, símbolo de la verdad, por las oscuras veredas del globo.

¡Oh! Gadel: «Nada se repite, y la experiencia ¿no es por ello un vano espejismo?»

Nuestra vida es acaso puro espejismo, máxime cuando nuestros deseos encerrados en las pobres posibilidades humanas, se elevan a la suprema creación: la sabiduría trágica de ser, amar y sufrir.

* * *

Alsino. — Nada tiene que ver la verdad estética de esta creación con la biología pura. *Alsino* es una novela de prosapia épica. Es cierto que he relajado un tanto el término de poética aplicado como adjetivo al vocablo novela. Es cierto que la composición está pletórica del más bello lirismo. Sin embargo, se trata de una epopeya.

Es la epopeya de un alma silvestre. Es la gesta psíquica del anhelo fervoroso de volar. Todos hemos volado con las alas invisibles e inexistentes de la fantasía; todos hemos recorrido países fantásticos en la niñez y en la adolescencia.

Pero *Alsino* es más que una creación de puro arte; es un haz de nuestra alma; es un trozo de nuestras esperanzas; es el anhelo de elevarnos por las miserias y purificarnos en las regiones inmaculadas de la atmósfera.

Todo en el libro es de escogido linaje artístico: personajes, idioma, paisaje. El autor posee la técnica cabal de su oficio. El estilo es plástico y castizo. Hay colorido y sabor local. Sin que llegue al criollismo literario tan predicado por otros escritores. Se sabe mantener en una actitud de mesura y buen gusto admirables.

Pero ¿cómo explicarse con lógica, la lógica que es la terrible ciencia de la forma de las ciencias, un personaje alado? Es decir ¿cómo prescindir de la biología ya adjetivada antes?

La explicación es natural en los límites de irrealidad. Valga la paradoja. *Alsino* es un niño campesino. Ha soñado volar, sueño que le dilacera el alma y le llena su vida de la más esencial preocupación.

Intenta elevarse, pero sólo consigue magullar su cuerpo.

Pero los buenos afanes no se detienen ante las dificultades. Suelen éstas ser poderoso acicate. Reintenta volar y consigue jorobarse. La corcova va a ser el muñón de músculos, que rompidos, darán nacimiento a las alas.

¡Cómo varía la psicología del hombre que anda con respecto a la del que vuela! Estas dos maneras de trasladarse en el mundo producen un cambio radical, hondo en la psiquis. He aquí la reflexión de Alsino: «¡Oh cosas incomprensibles! Cuando iba caminando sobre ti, bien sabía quien era el que se movía, mas ahora cuando vuelo, confuso veo la tierra, las nubes y todas las cosas se acercan o se alejan de mí, vienen o van, mientras yo parezco fijo e inmóvil, y vislumbro que todas ellas buscan referirse a mi ser, y me están ligadas y dependientes, como si yo fuese el centro del universo». (p. 80).

¿No es ésta una verdadera observación de relativismo psicológico? ¿Son las cosas o nosotros, o unas y otros quienes nos mudamos en el ámbito natural? ¿Qué es lo que produce la idea del movimiento! ¡Cuántas razón tienes, Alsino, al decir: «¡Oh cosas incomprensibles!»

El alma llena de cielo que si no es azul, lo es a nuestros comunes ojos, musita estas líricas palabras: «Cantemos ¡oh! voces el deseo primero; el deseo de cantar. Cantemos la libertad que por su medio, encuentra no sé qué tiránico y oculto poder». (p. 85).

Nunca el cotidiano comportarse, regular como una fila de árboles municipales, provoca la atención. Es menester salirse de los comunes límites para conseguirlo.

La desaparición del Alsino, su vuelo, su canto y su existencia son la «pasión, vida y muerte» de este héroe anfibio, pues tierra y aire son sus senderos en este mundo.

Alsino asusta y amedrenta no sólo a las criaturas zoológicas irracionales, sino también pone temblor de junco en los corazones de los campesinos. Vuela y es libérrimo. Sabe el gusto de los espacios ilimitados. Pero en una de sus «aventuras» en busca del obligatorio puchero, cae en poder de la policía.

Y es uno de los guardias quien dice: «anda así por pura fantasía» (p. 140). ¡Sí! Es la fuerza de la «fantasía» la que primero impulsa nuestras vehemencias. Es el sentimiento de las posibilidades el que empuja muchas conquistas. Es el vigor cordial quien en lugar preponderante acuña las alas de muchas idealidades. Alsino es el Ariel de la literatura chilena. El alado personaje dualizó los caminos, aunque diga: «El tiempo no es sino la medida de los breves pasos de un hombre, recorriendo *un camino* que reposa, por siempre, a sí mismo igual!» (p. 115).

Alsino, triunfador por dos veces de los senderos, cae prisionero, enceguece y es entonces, más que nunca, cuando filosofa: «Mi razón—dice.—ahora insatisfecha, es el cotidiano alimento de mi inquietud».

«La verdad no se compone de hojarascas de palabras, de nombres de pensamientos, de razones insaciadas.»

«Saber no es poder probar a otros, ni aun a sí mismo. Saber es convivir. Entonces se está mudo y temblorosamente cierto».

«Déjame ¡oh! Dios mío! alabar la limitada razón que tú me has dado, porque lo cercano de tus estrechos límites es lo que la hace dudar más pronto de sí misma; y donde ella duda, un sendero nace: un sendero que va, serpenteando en tu busca».

(p. 287).

«Hecho a vuestra semejanza, perdóname, Señor, si yo también sentí el ansia de estar en toda cosa!» (p. 288).

Escribí filosofía; pero más exactamente debí decir: sabiduría. ¿No es el Kempis quien expresa por ahí: «Bienaventurado aquel, a quien la verdad por sí misma enseña, no por medio de figuras y palabras, sino tal cual ella es?»

Bienaventurado, pues, el que sabe que «la verdad no se compone de sombras de pensamientos.»

Alsino enloquece y ciego emprende su vuelo postrero hacia las siderales regiones. Sube, sube. Hasta que el aire enrarecido no le permite ascender más. Pliega las alas y atraído por la gravitación cae. Su organismo se atomiza por el roce. No queda nada de él. Sólo una nubecilla de corpúsculos grises. Desde entonces Alsino está un poco con cada uno de nosotros, y nos hace soñar en el siempre *¡atrayente!* deporte de elevarnos, sobre las duras aristas de las cosas y de las realidades. Desde la muerte de Alsino nuestra alma se hizo «vagabunda» y va en peregrinación en busca de ese algo siempre indeterminado e impreciso que se llama ideal.—N O R B E R T O P I N I L L A.

LA SOCIOLOGIA Y SU IMPORTANCIA HUMANISTICA

1. *Idea vulgar de la Sociología.*

CREER, como sucede hoy aun entre personas de cierta ilustración, que la Sociología no es más que el estudio de las fuerzas sociales beligerantes que se disputan la exclusividad